

Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

PLANES DE CAMPAÑA



—Este es el Gurugú, éste es el caserío de Frajana. Esto lo *deshacemos* con los cañones del fuerte de Camellos, aquí damos una brillante carga a la bayoneta *abriéndonos* de gloria, *coronamos* estas alturas y ya tenemos abierto el camino de Fez para ir allá á tomar unas copas cuando nos dé la gana.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Otro drama patriótico, por Eduardo Bustillo.—Un valiente, por José López Silva.—Jugueteos de la pluma, por José Zahonero.—¡A la guerra!, por José Estremera.—Los vecinos belicosos, por Juan Pérez Zúñiga.—Drama en coplas, por Salvador Rueda.—Noche de difuntos, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: Plan de campaña.—Fatalismo.—Anuncios, por Cilla.



En la China del Norte hay madres desnaturalizadas que venden a sus hijos, según asegura mi querido amigo Felipe Pérez desde *La Correspondencia*.

Aquí también tenemos varios ejemplares de mamás cariñosas que se desprenden de los frutos de sus entrañas por un precio módico; y Felipe Pérez conoce algunas, según él, capaces de enajenar no sólo a sus niñas, sino también a los maridos de éstas, con y sin ropa.

El mercantilismo nos embriaga, y al paso que vamos ha de llegar día en que se anuncie en la cuarta plana de los periódicos la venta de un niño rubio ó el alquiler de una señorita elegante hablando tres idiomas y sin enfermedades conocidas.

Sé de un matrimonio fecundo que anda viendo si despacha un par de criaturas, porque dice que a todas no las puede mantener.

—¿Cómo va, D.^a Restituta?—preguntamos el otro día a la madre.

—Mal; apenas salgo de un aiunbramiento, ya se me presentan síntomas de otro.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Once... y vísperas. Ahora estamos cebando á Manolito y á Rafaelín.

—¿Para qué?

—Para venderlos. Dicen que hay matrimonios sin hijos que andan buscando criaturas y las pagan á cuatro pesetas una con otra.

El comercio de carne humana ha adquirido gran desarrollo de poco tiempo á esta parte.

Un sujeto con gabán color de aceituna y sombrero de paja, detiene en la calle de Sevilla á los transeúntes bien trajeados para decirles misteriosamente:

—Vendo una fosforera de níquel á medio uso y una cuñada gorda.

**

Hay padres que no venderán á sus hijos por todo el oro del mundo; pero en cambio los remiten á América, para que se ganen la vida, como dicen ellos, y puedan ser útiles el día de mañana.

En mi país es muy frecuente ver á un matrimonio criando un chico con todo esmero para que crezca pronto y se desarrolle.

—¿Qué padres tan cariñosos son ustedes!—se les dice.

Y replica el marido:

—Sí, señor; estamos «haciendo el sacrificio de mantenerlo» y le pagamos un profesor para que le enseñe la aritmética, y en cuanto cumpla los catorce años... á Buenos Aires con él.

—¿Pobrecillo!

—¿Pobrecillo? Que hinque el hombro y aprenda á ganarse un duro. No queremos mantener gandules.

—Pues tiene usted la obligación de mantenerle.

—¿Yo?

—Claro. Él no ha nacido por su voluntad.

—Vaya, vaya; no me venga usted con canciones.

Y, efectivamente, los padres cariñosos facturan á su hijo para América, como si fuera un fardo, y en cuanto llega allá, ya le están pidiendo dinero en estas ó parecidas frases:

«Querido hijo: Me alegraré que esa enfermedad de que nos hablas no sea cosa de cuidado. Ponte bueno lo antes posible para que puedas ser útil á tus padres, que te han dado el ser y son los autores de tus días. Todo hijo tiene que pagar los sacrificios que por él han hecho sus mayores; por consiguiente, esperamos que nos señales un sueldo lo antes posible.»

No hace muchos años salían de mi pueblo con rumbo á América unos buques de vela, cargados de hijos de familia llenos de sabidurías. Llevaban un baúl con media docena de camisas y otra media docena de pañuelos, un paraguas de algodón y dos duros en el bolsillo.

Aquellas pobres criaturas iban á ganarse la vida lejos de la patria, del cariño de sus padres, de todo lo que les era grato.

Tras una larga y penosa navegación llegaban á la Habana ó á Buenos Aires, y á fuerza de pretender ingresaban en una tienda, en clase de dependientes *mínimos*.

—Mi chico está muy bien—decían los papás «cariñosos» á la demás gente del pueblo.

—¿Se ha colocado?

—¡Anda, anda! ¡Ya lo creo! Está en un almacén de azúcar terciada.

—¿Y qué hace allí?

—Por ahora no hace más que barrer la tienda y llevar fardos al muelle; pero ya gana siete pesos y la ropa limpia. Cuando llegó estuvo muy malo y le tuvieron debajo de una cesta quince días dándole á beber agua clara hasta que se salvó. Ha tenido la suerte de tropezar con un principal muy cariñoso.

—Ya se conoce.

—Ahora está mejor de salud, pero se queja del pecho, porque el chico siempre ha sido delicado y le hacen cargar con unos bultos muy grandes. Pero es lo que yo le digo: «Para llegar á ser hombre hay que sudar mucha agua y llevar muchos puntapiés en este mundo.»

—¡Claro! Y cometer muchas bajezas.

—Muchísimas.

En fin, en mi pueblo, por aquel entonces, los matrimonios se dedicaban exclusivamente á tener chiquillos y á despacharlos para el otro mundo. Hasta los doce ó catorce años los mantenían á regañadientes; pero después... á América, á trabajar, á ser útiles á sus padres.

La mitad de los chicos llegaban allá y poco á poco se iban olvidando de los autores de sus días, y más de uno y más de dos exclamaban á solas:

—¿Caramba con papá! ¡Vaya unos ratitos que estoy pasando por su culpa!

Otros daban para siempre un adiós á las personas queridas y no se les volvía á ver el pelo.

Conozco el caso de un joven que había salido de mi país á los trece años contra su voluntad, y tras una larga serie de privaciones y penalidades le dijeron un día en Buenos Aires:

—¿Quién creerás que se murió el mes pasado en tu pueblo?

—¿Quién?

—Tu papsito.

—¿Sí?—replicó el joven.—Pues que Dios le haya perdonado.

**

Todo esto viene á demostrar que hay padres que venden á sus hijos, y padres que los matan á palos, y padres que los alquilan.

Convengamos en que la humanidad es imperfecta y en que hay pocas cosas agradables en este mundo. Yo por lo menos sólo conozco dos: el tabaco y las *Almendras amargas*, precioso libro de Sinesio.

LUIS TABOADA.

OTRO DRAMA PATRIÓTICO

El buen Quintín González y García,
hortera inteligente
de una ferretería
que en la calle existió de San Vicente,
sintiendo contra el moro desbordada
su sangre, toda hierro,
un drama nos trajo de una sentada,
titulándole así: «¡Desperta, ferrols!
¿Quién encierra con llaves ni cerrojos
el sanguíneo cacumen
que así da en derrochar glóbulos rojos
en la feroz primicia de su nimen?»

¿Quién á leyes del arte me sujeta
al que entre planchas se sintió poeta,
y, al ruido de las férreas cacerolas,
atropella las armas españolas?

En mezcolanza horrible
saca lo antiguo allí con lo moderno,
y redae un ejército invencible
que no pudo soñar nuestro gobierno.

Por entregas, en malas novelinas,
leyó la historia un día,
y á espeluznantes luchas,
en que á Belona ofendé y á Talla,
lleva á guerreros de Isabel primera
con los de hoy, de mochila y castañera.

Sale Boabdil allí con Maimoncillo,
y Gonzalo de Córdoba, á caballo,
allí *la alternativa* da á Margallo,
y á lucir saca el brillo
de sus armas García de Paredes,
con quien verán ustedes
en ridículo al noble Garcilaso,
á quien mete el autor en el mal paso
de requerir de amor á insigne mora,
por hija de Maimón de Maimoncilla,
que á su vez á un soldado caso adora,
hijo de un presidiario de Melilla.

Y ésa es la intriga, á *esta así*, del drama
que al forretero autor ha de dar fama
si, en gracia de su fiero patriotismo,
se tolera el bestial anacronismo
que trae á Garcilaso de la Vega
entre el moro y la mora á la refréga,
con mandoble y con casco y hecho *me-ó*
por celos de un recluta con mochila.

Tal es el drama que aguanté á pie firme,
sin saber si llorar ó si reírme.

Empresa habrá que en nuestro corte y valla
en carteles lo anuncie y busque *el momio*,
y propongo una cosa muy sencilla:
que se lleve al autor á un manicomio
y al empresario á Ceuta ó á Melilla...

EDUARDO BUSTILLO.

UN VALIENTE

—¿Pero qué estás ahí gruñendo?

—¿Mia qué preguntas hace éste!

¡No, que voy á estar tocando
la flauta, si te parece,
después de la acción que han hecho
con nosotros los infieles!

—¿Los cañlos?

—Los marroquises.

—¿Y á ti qué te importa?

—¿Leñe!

¿Conque á mí no me se importa
el que los moros atenten
contra nuestra madre patria?

¡Hombre, ni aunque uno laviese
sangre de nabo en las venas!

—¿Vamos, calla, que remueves
el interior cuando sales
con fanfarrias de esa especie!

¿No han ofendido á la tuya
propia, cuatrocientas veces,
y tú lo has visto y te has hecho
el cadáver cuasi siempre?

—Hay muchísima diferencia.

—Pero magoy, ¿tú quién eres
pa chillar?

—Un español;

y too español es valiente
á la fuerza, según dicen
á ca paso los papéles.

Y si no, ¿á ver si no salen
toos los días seis ú siete
diciendo que quieren irse
á Melilla á matar gente!

—Eso es música, Gorgamio!

—Ya sé que si á mano viene
quizás que luego no fueran
si hiciera falta que fueran,

pero se ve el primer pronto
que es el que vale. ¡Yo, deinde
que los marroquises facron
y hollaron impugnemente
nuestro pabellón, estoy

que no hago más que mordérme,
y hay días que á media tarde
echo espumarajos vérdes,
de rabia que tengo! Anoche
tropecé con el moro ese

que va vendiendo chancletas

colorás por los cafeses...

¿y qué dirás tú que le hicé?

—No sé.

—Pues primeramente

le pisé un callo, y después

le regoldé cuatro veces

detrás de una oreja, sólo

con objeto de ofenderle.

Lo cual que cuando yo estaba

esperando á que saliese

diciendo:—*¡Jamatajé!*

¡*¡Jai aia!*, va y se vuelve

y dice:— ¡Pero só guarro,

qué hace nstez!—Pues distraíeme

una misja, como puedo

hacer enasi toos los jueves

con la morisma. Él, entonces

me miró así fijamente,

y añadió:— ¡Pero ceporro,

si yo he nacido en Brunete!

En fin, que si llega á darle

la gana de hablarme fuerte

á si resulta que es moro...

¡carcula lo que sucede

con mi carácter!

—¿Un crimen!

—¡Sí, porque ni ya comprendes

que hay que vengarse cortando

oestilos, y si no se puede

en Madraz, se va uno al África

con una faca de muelles

y un costal, y se lo trae

á España lleno de nueces

de rifleños...

—¿Vamos, hombre,

calmate y no desageres!

—¿El qué? ¡Yo voy y me vengo!

—¿Ya lo creo que te vienes!

En cuanto que oigas un tiro.

—¿Tampoco!

—Y así que llegues

ties que mudarte por dreuto

de resultas.

—Mira, Lesmes,

cuando tocan á la patria

aquí too dios es valiente,

y yo lo soy más que el gallo

y que el Margallo, ¿me entiendes?

y si dices otra cosa

me denigras y me ofendes,

y voy á inflamarle el rostro

na más que pa que te enteres.

—¡A mí tú! ¡Cuánto te juegas

á que te lesione el vientre?

—¡Salen granos!

—¡Sí! ¡Pues toma!

—¿Vamos, que haces daño, leñe!

—Pues no veagas con fanfarrias

trasmochás, y ten presente

qué el verdadero patriota

obra y calla, se percibe.

JOSÉ LÓPEZ SILVA.

JUGUETEOS DE LA PLUMA

EPÍSTOLA DE LA SEÑORA HAMBRE Á LA FORTUNA

Señora del cuerno y de la rueda, que no más:

Más son mis afligidos que tus predilectos, y si á contar votos fuéramos, mejor te eligieran á ti los que tú no elegiste que habían de seguirte los escogidos; que con la fortuna viene la hipocresía del «yo me lo gané, á mí se debe, me basta y me sobra,» con que reniegan de ti, y no habrá entre los necesitados quien, hipando á último aliento, no esté sobresaltado al verte, por aquello de que «das vueltas y vueltas y lo que hoy es blanco se torna negro, y golpe y salto y zafandajas de fortuna,» teniéndote por loca y cierta, siendo más bien cuerda con que por su ilusión se ahorcan los neciamente esperanzados, é insegura como todo bien.

Venga lo que viniere y sea lo que haya de ser, paso al motivo de esta carta.

Estaba anoche mismo un estúpido con servilleta en el ojal prestando con sus mandíbulas, hinchados los carrillos, todo rojo como el vino horas atrás en otro más noble pellejo metido; echábase sus pupilas á devorar la carne en guiso, el marisco, la verdura, los postres, cuanto se hallaba del plato á la boca, lo que estaba á punto de ser cogido por la mano, lo que habían de servirle, lo que no le habían servido, lo que se hallaba en la vidraza de la anaquelera, con el olfato adviniendo por tutillos las promesas de la cocina, contristado el corazón al no tener allí y ya en su vientre las barricas de pesca, los canastos de frutas, las sartas de embutidos, cuanto plazas y tenderetes sirven á la insaciable barriga del gloton.

Eché de ver que éste, mejor que afortunado, es hambriento y que no hay particilla de su cuerpo que no se estremezca de apetito y que, por mucho que en él se meta, jamás estará satisfecho y es cuerpo desfondado, canal sin obstáculo por el que todo pasa de la boca al grande depósito de las aguabresas, y por tal yo reclamo este hambriento furioso como buzón que busca la hartura para mi burla y como burla que hago á la hartura, y que es más mejor que tuyo, pues no le dió satisfacción la fortuna.

Así, pues, le reclamo y rotulo como mío.

En tanto, comadre tornadiza, abuela de la lotería y de la bolsa, le he de dar para sí un hambriento que como tal aparece no sé dónde, y si antes muy afortunado y dichoso.

Él era hombre flaco y de no muy encendido color, más bien apagado á media luz, entre mota de rojo y grande blancura; roía un mendrugillo, sabroso sin duda, según el gusto que al mordele mostraba en el rostro.

Hubo de antojárselo á un curioso, poniendo ojillos vivos y haciendo con la boca la media luna de puntas arriba en que aparece la risa de burlas, dirigirle la palabra diciendo:

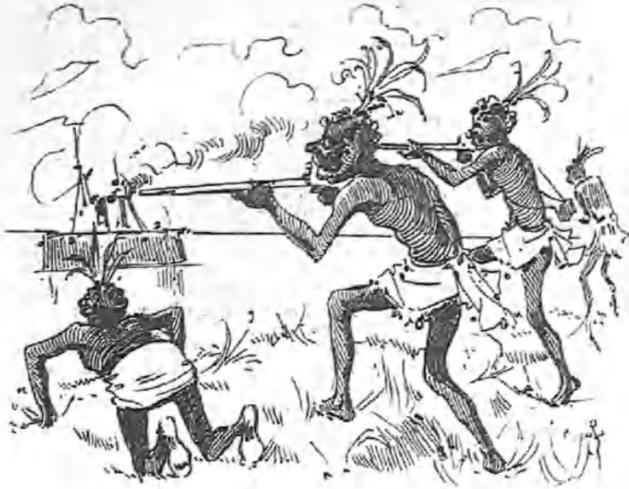
—Buen provecho le haga; es bocado de príncipes, y hubo seguramente de llenar hoy la Fortuna su alacena con panes que se hacen piedras, al revés del milagro que el diablo pedía á Cristo.

—¿Ánde y vaya en mal hora el insensato—replicó el famélico,—y no haga juicios del gusto ajeno, porque ni aun del propio podemos formarlos. Ha de saberse que yo soy hombre contento con mi hambre, no por ella, sino porque tengo una deidad que me ama y en el manjar más pobre me da el dulce sabor de cuanto apetezco. Yo soy de esos que se llaman ahora artistas, y puede que no lo sea, así como antes muchos lo eran y no se lo llamaban, y nosotros creemos que es saludable lo bello para el cerebro humano; además sentimos la necesidad de apartarnos de la miserable mercachiflería de los políticos, de la infame política de los mercachifles, de la falsedad de los hipócritas, de la cobardía de los esclavizados, del sucio aspecto de los corrompidos, de la pedantería de los que reciben humillantes su vil jornal por hacer más ruido de palabras que riqueza de pensamientos; soy de los que aman la luz, el color, la insignificancia de las cosas grandes, la delicadeza de las cosas pequeñas, prefiero un niño sonriente á un rey resplandeciente; encuentro que un fulgor es una alegría luminosa y una risa un fulgor; me parecen los astros ojos que nos miran, y creo que hay en los ojos algo del brillo de los astros; vivo aceptando el escarnio, la pobreza, el doloroso trabajo de analizar las miserias, consolándome con el sol que las hace ver; odio el industrialismo de los que hacen de su tra, bajo un engaño y, en fin, canto las atrevidas afirmaciones de la ciencia que trasteará los viejos códigos, pinto la grotesca sociedad y anunciaré con tantos otros el advenimiento de la nueva, más sabia, más justa, más enamorada de lo bello... y después de esto acepto el pan y combato por los humildes proletarios, yo el más afortunado de ellos.

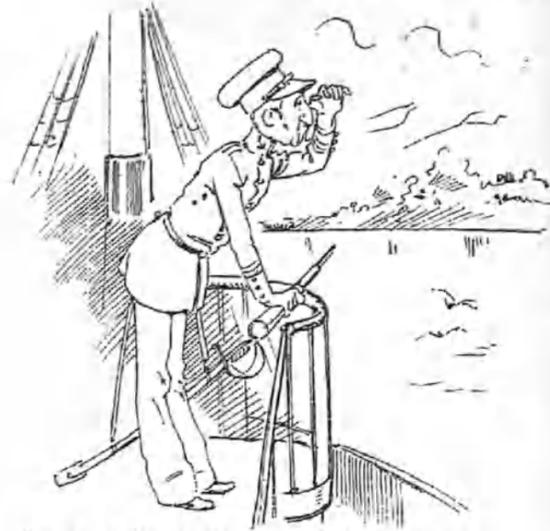
Vea vuestra merced, señor Fortuna, que si éste no le pertenece, no sé qué diga, á no ser que nos le reclame la Lotura, si bien es cierto que más bien desean los hombres verse locos y satisfechos que cuerdos y contristados, y este sujeto es irrefutable por su naturaleza y filosofía.—*Bulimia.*

Por la copia,
JOSÉ ZARONRO.

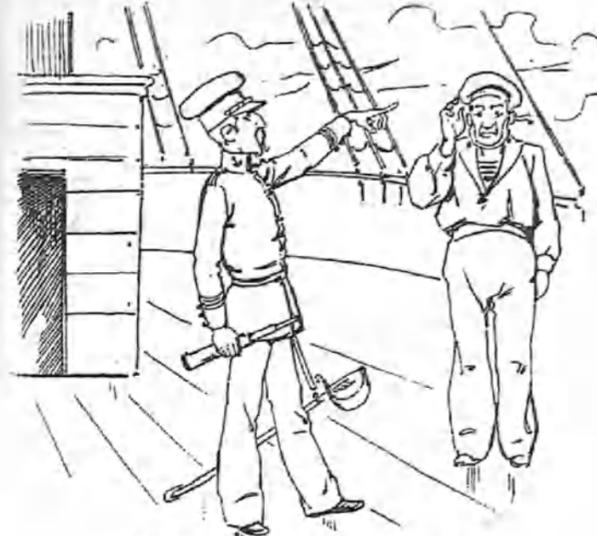
EL FATALISMO



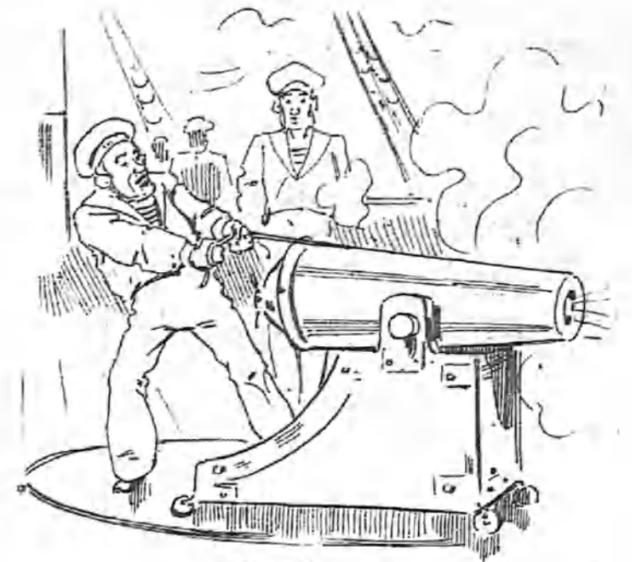
Los salvajes hicieron fuego sobre el buque inglés que estaba a la vista.



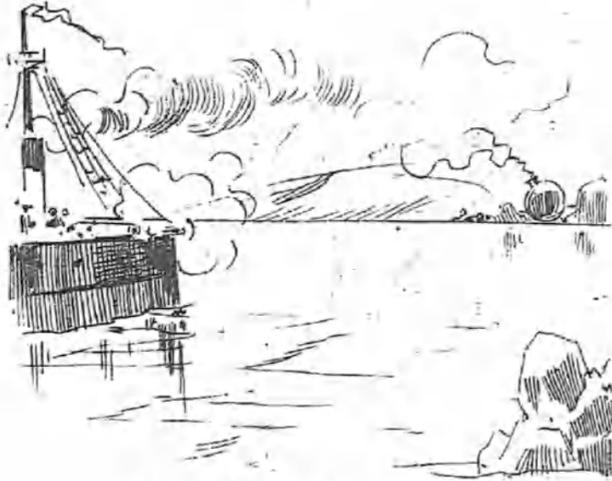
Pero, como los ingleses tienen malas pulgas, en cuanto el capitán se enteró del atrevimiento,



mandó enflar un cañón hacia la costa



y ¡pum!



allá fué la bala silbando por el aire



á caer en lo más intrincado de la selva.



Al cabo de unos días un mono que venía saltando de rama en rama



se fijó en la bomba, la cogió, la examinó atentamente por todas partes y no cayendo en la cuenta de lo que podía ser aquello,



la presentó á toda la familia que, como era de esperar, también se quedó asperges.



Pero en estas y las otras á la bomba se le ocurrió estallar de repente



y ¡plaf! allí se acabó todo.



¿Se habría fundido aquella bala con el exclusivo objeto de destruir una familia de monos?

¡A LA GUERRA!

—Mira, dulce Gregoria,
lee los papeles
que hablan de nuestra guerra
con los infieles.
Ya el gobierno ha salido
de su marasmo;
reina por todas partes
el entusiasmo,
y no se oye otra cosa
por nuestra tierra
que gritos delirantes
pidiendo guerra,
y todos los que estiman
nuestro decoro,
entusiasmas se ofrecen
para ir al moro.
Tú, que eres, alma mía,
tan belicosa;
que me armas pelotera
por cualquier cosa;
que no dejas que lugre
tu dulce esposo
ni un día en la semana
paz y reposo;
que peleas conmigo
con tal denuedo
que estoy constantemente
muerto de miedo;

tú, que tienes un gusto
como una fiera,
podías ir al moro
de cantinera.
¿Que la mujer no puede
lograr tal gloria?
¿No hay mujeres guerreras
en nuestra historia?
Es verdad que tú de eso
nada has leído;
no importa; te aseguro
que las ha habido.
Los moros son valientes,
mas no te importe;
no hay quien pueda contigo,
cara consorte.
Vé, querida Gregoria,
yo te lo pido,
vé á luchar por la patria
de tu marido.
Vete á matar infieles,
prenda adorada.
Si mueres en la lucha...
¡no importa nada!
¿Qué lograré con eso?
Pues ¡imagina
si es gloria ser el viudo
de una heroína!

JOSÉ ESTREMEIRA.

LOS VECINOS BELICOSOS

LA SUCURSAL DEL RIFF

¡Ay, amigo don Ramón!
Desde que estamos en pie
de guerra contra el *Maimón*,
me artarden sin compasión
los cuatro niños de usted.
¿Qué modo de alborotar
el de esos locos de atar!
¡Por Dios, ponga usted remedio!
¡que vivo pared por medio
y no los puedo aguantar!
A Luis nada le hace mella
y el mejor día se estrella,
pues se empeña en que es Margallo
y va corriendo á caballo
encima de la doncella.
Juan, tras de hacer el moscón
y darnos la desazón
con la marcha del *Tanhaliser*,
agarrar una escoba *Malúser*
y tira contra el fogón.
Pepín se líe el tapete
de paño de la camilla
y escoba en mano acomete
al sofá del gabinete,
que es la plaza de Melilla.
Periquito hace trincheras
con sillas perniquebradas;
se cree que es moro de veras
y comienza á dar pedradas
con furor á las vidrieras;
y no para el animal
hasta que rompe un cristal,
y luego con un fusil
derriba el aguamanil,
haciendo un ruido infernal.
Por último, el más pequeño,
dando golpes á un barreño
y después de haberse untado

con el betún del calzado
para fingirse rifeño,
pincha al gato si le ataja,
al *Gurugú* sube y baja
y en la Mezquita se mete
(el *Gurugú* es la tinaja
y la Mezquita el retrete).
Luchan moros y soldados;
los que salen magullados
empiezan á dar berriños
y á destrozar los oídos
á los vecinos honrados.
Pero lo más grave es que
también juega usted; lo sé.
Y no diga usted que no,
porque ayer he visto yo
todo lo que hacía usted.
Le vi desde mi *troutra*
colocarse una toalla
encima de la sesera
y entrar en ruda batalla
con la infeliz cocinera,
gritando: «¡Reperta, advierte
que soy moro... ¡A defenderte!
¡que á pesar de tu fiera
te rendiré con presteza
si Alá me da buena suerte!»
Y á mí no me da la gana
de que siga tal jarana,
y haré que pronto concluya;
porque como mi ventana
viene á dar frente á la suya,
— si usted, señor don Ramón,
sigue haciendo de morito
en la bélica función,
¡yo sabré hacer de cañón
del *Condé de Venadito!*

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DRAMA EN COPLAS

Me siento hoy un poco flamenco, sin poderlo remediar. Y es que he estado oyendo tocar la guitarra á un mi amigo, el cual tiene una cátedra en cada dedo y una universidad en cada mano.
¡Qué cosas ha hecho decir á las bordones! ¡qué primorosos bordados ha sabido arrancar á las demás cuerdas!
Cuando el instrumento se arrancó por malagueñas, yo también me arranqué por ellas y canté una porción de coplas, con las cuales voy á formar un drama. Es decir, no voy á formar lo; voy á demostrar que en cualquier puñado de coplas elegido al azar hay encerrado un drama.
Puede hacer la prueba quien lo dude: elija algunos cantares, y haga con ellos lo que yo voy á hacer con los míos. Si resulta cierto lo que digo, nada habrá que echárseme en cara: si pierdo, pagaré unas cañas de manzanilla para los presentes.

Los dramas de esta índole pueden tener dos ó más personas; el que yo voy á formar sólo tiene dos.

Díca la primera copla:

Tú has hablado mal de mí,
yo de ti no he dicho na,
que las campaniys suenan
según tienen el metal.

Otro cantar parece como que contesta al que dejo escrito, porque da á entender que la persona que entonó el anterior es una mala pécora, y la prueba es que dice la contestación de este modo:

Me puse á ahondar en un pozo
para encontrar agua en él;
me salió amarguía el agua,
eché tierra y lo cegué.

El espíritu de estos versos es contestado, dijérase, por el de éstos otros, porque vienen á decir que al que habla sin fundamento se le vuelven en contra sus palabras:

Mientras más hablas, más pierdes;
que eres como las gayinas,
que se ponen á escarbar
y se echan la tierra encima.

Y aquí tenemos ya á las coplas riendo entre ellas mismas. Véase cómo contesta al agravio la que copio:

Por cosillas que me digas
no se alborota mi pecho,
las cosas se han de tomar
conforme son los sujetos.

Pero la respuesta se halla en otros cuatro versos; cantar que cuando sale á relucir en una fiesta, hace más daño que una puñalada trapera:

Más mata una mala lengua
que la mano del verdugo,
que el verdugo mata á un hombre
y una mala lengua á muchos.

Mas en esto de los cantares hay para corresponder á estocada por cornada, como suele decirse. Véase la clase. Se supone que la mujer á quien se dirige el anterior insulto tira por medio de los trigos y publica su baja condición por el gustazo de dejar bien plantada una fresca. Dice:

Tú no me pagas la casa,
tú no me das de comer,
me vienes pidiendo celos,
¿á fundamento de qué?

Sabemos, pues, que se trata de una mujer que no desprecia los ochavos. El hombre se arrepiente de haber ido tan allá en sus provocaciones, y trata de recoger velas, exclamando:

Mal haya sea la persona
que á mí me enseñó á querer,
que estaba yo en mi sentido
y ahora me encuentro sin él.

La mujer, mujer si cabo, es decir, dotada de suavidades, toma los momentos como vienen, y en vista de que el hombre capitula, responde, desarmándose de la ira con que cantó la última copla:

Por agravios que me hagas,
de ti no me vengaré,
porque te vale el sagrado
de haberte querido bien.

Y ya está todo arreglado. La ventolera, los arrechuchos de pasión se disipan, en la gente de esta laya, con la misma facilidad que se forman. El hombre canta, rindiendo la bandera:

Del sentido prebelico,
y si en la calle te encuentro,
movimiento jace el alma
pa espartarse del cuerpo.

Todo marcha como una seda. Lo que antes eran desdenes terribles, guerra sin cuartel, ya es halago de persona á persona:

Del Padre Santo de Roma
espero la excomunión,
porque sabe que yo he dicho
que te quiero más que á Dios.

Á esto no hay más que responder lo siguiente:

Eterno, como Dios mismo,
será mi cariño siempre,
pues te quiero con el alma
y el alma nunca se muere.

Y hechas las paces y disuelto todo en agua de cerrajas, el vino cae, riendo, en las copas; suena de un modo más apasionado la guitarra, y á los cantares suceden los besos; que dicen, en menos espacio, mucho más que una copla y que un poema.

SALVADOR RUEDA.

NOCHE DE DIFUNTOS

Levantando la losa un esqueleto
salió de su sepulcro al dar las doce
y se encontró los bordes de la tumba
cujados de coronas y de flores.

Muchas dedicatorias adornaban las cintas, sembradas con blandones, «A mi adorado Carlos, su María,» «Al modelo de esposos, su consorte,» y así por el estilo, en todas partes, ya con letras de bronce, ya en negros caracteres, se marcaban las huellas de la pena de la cónyuge. —Me amaba con locura, pensó el muerto, con devoción me rezará esta noche, y espera que mis besos invisibles la vayan á pagar sus oraciones. Y voló á su morada, aprovechando el breve asueto que anunciaba el toque.

¿Qué encontró el muerto allí? Nadie lo sabe, pero volvió á su tumba, y en los bordes dejó rota la cruz y destrozadas las coronas, las cintas y las flores.

SINESIO DELGADO.



Pues señor, llegó el *Conde de Venecia*, hizo 18 disparos, y... tembló el orbe.

Al día siguiente empezaron á llover telegramas participando el arroyo de nuestros marinos, la precisión de nuestra artillería, la serenidad, rayana en el heroísmo, con que presenciaron la terrible acción de guerra los corresponsales que estaban indebidamente á bordo.

El combate de Trafalgar se quedó en mantillas.

Hay que advertir que los moros tiraban á tal distancia que sus balas no llegaban siquiera á la costa. Quiere decirse que el mismo arroyo, la misma serenidad y el mismo valor heroico hubiéramos tenido si hubiesen alcanzado al barco...

Pero entonces era ocasión de decirlo.

Porque de este modo se deben de haber reído mucho de nosotros por allá fuera.

Y á propósito, no puedo menos de recomendar á ustedes la lectura del artículo de fondo de *La Correspondencia* (día 23), escrito con sensatez, cordura y conocimiento de causa.

Porque, efectivamente, y á Dios gracias, tenemos un ejército y una marina que han demostrado siempre su bravura y su desprecio del peligro, y no es cosa de ponerlos en ridículo con bombos exagerados y fuera de lugar.

Pero estos corresponsales que han ido á comer carne de moro son terribles.

No entendemos una palabra de lo que pasa en el Brasil.

¡Como está tan lejos!

El caso es que hace seis meses los telegramas dan por desahuciado al presidente de la República y por triunfante á la escuadra revolucionaria, y... ¡que si quieres, morena!

Todos los días se está acabando aquello y no se acaba nunca.

Y entretanto tenemos un Mello y un Peixoto metidos en las entretejas. Y los que somos impresionables no podemos pegar los ojos en toda la noche.

Ha sido puesto á la venta el primer volumen de una lujosa revista semestral titulada *Actualidades*, de la cual es director propietario nuestro amigo D. José Díaz de Quijano y redactor jefe nuestro compañero Juan Pérez Zúñiga.

Dicho tomo contiene multitud de retratos, excelentes dibujos de Mariel, Cilla, Gros, Moya y *Micachis*; varias páginas de música y composiciones de Pereda, Galdós, Bustillo, Solsona, Mérida, Urrecha, Zahonero, Nieva, Royo, Sinesio Delgado, Sánchez Pérez, Sepúlveda, Chaves, Tolosa Latorre, *Montecristo*, Reparaz y otros distinguidos autores.

Si esto no es una publicación de extraordinarios atractivos, que venga Dios y lo vea.

Y como sólo cuesta el ejemplar cuatro pesetillas...

Leo:

«Ayer tarde salieron de paseo las colegialas del establecimiento de sordomudos y ciegos y se dirigieron hacia los desmontes frente á la Cárcel modelo.

Tres de ellas que eran ciegas cayeron desde uno de los desmontes; una falleció á los pocos momentos y las otras dos se causaron, respectivamente, la fractura de la tibia izquierda y pierna del mismo lado.»

Y al día siguiente:

«El Sr. Angulo ha dado las órdenes más enérgicas para que inmediatamente y sin excusa de ninguna clase se ponga una valla en los desmontes próximos á la Moncloa donde ocurrió la sensible desgracia de que se ha ocupado la prensa.»

No sé me ocurre más que una cosa:

¡A buena hora, mangas verdes!

Cuando duerme Juan Palido,
que es tuerto del ojo izquierdo,
dice con muy buen acuerdo
que él está medio dormido.

MANUEL SUÁREZ.

Libros:

Sinfonía, colección de lindísimas composiciones en verso de D. Federico de Sancho, de la cual hizo el merecido elogio el Sr. Catarineta en el número anterior.

Mi primera plana, artículos de costumbres y cuentos de D. J. Astudillo y Meneses, que modestamente titula su colección *palotes y borrones*. Si así empieza á escribir el Sr. Astudillo, puede asegurarse que empieza por unos palotes que ya quisieran para sí muchos *alumnos* de segunda enseñanza. Precio: una peseta cincuenta céntimos.

Documentos humanos se titula el último tomo publicado por la acreditada casa editorial de Fernández Lasanta. Le forman artículos de don Carlos Frontaura, con lo cual excusado es añadir que están escritos con galanura y gracia, inspirados en la atenta observación del natural, y... que éste es un libro que no puede faltar en la biblioteca de ninguna persona de buen gusto. Está, además, profusamente ilustrado por el hábil lápiz de Pons. Cuesta 3,50 pesetas en todas las librerías.

Apuntes taurinos, chispeantes poesías alusivas á nuestra fiesta nacional por D. Densedit Criado, con un prólogo de D. Rafael Abella.

Hojas de Otoño, colección de composiciones en verso de D. Joaquín López González, con un prólogo de D. José María Macías.

El cornelilla, zarzuela cómica en un acto y en verso, original de los Sres. Ferrín y Palacios, música del maestro Marqués, estrenada en el Teatro Eslava, donde continúa representándose con grandísimo éxito.

El enjambré, poema de D. Luis Cánovas. El poco espacio de que disponemos para esta sección nos impide examinar con el detenimiento debido esta obra, que revela en su autor grandes alicentos de poeta y envidiables condiciones de versificador.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

D. Mícrota.—Remitidas las *Almendras* bajo certificado. La *Pánuca* cuesta lo mismo. El soneto es un poco vulgar en el asunto, que casi no vale la pena.

R. M. Dios.—Las cartas á los amigos que se casan son trasnochadas de suyo, porque es absolutamente imposible decir nada nuevo. Y, desgraciadamente, *extraña* y *mañana* no son consonantes del Riff para arriba.

Sr. D. M. M.—Esa exposición al ministro es graciosísima, y conservaré el ejemplar como oro en paño.

Julio César.—Ha hecho usted lo que su tocayo. Llegó usted, vió usted, y... copió usted unas seguidillas y un epigrama ajenos, para ver si podía *colarlos* de mala manera.

El suitán de Marruecos.—Verá usted:

«Vivan los soldados españoles
que marchan á pelear
tan bravos como leones
para á su patria vengar.»

¿Y dice usted que le han salido bien? ¡Pues Alá le perdone!

Frustrados.—Camarada, mucho tiempo debe usted de tener de sobre!

K. S. Fita.—La forma es pedestre y prosaica, y el asunto maldita la gracia que tiene. No se puede decir *el himno Riego*, porque es *de* Riego. Verdad es que en tal caso sobre una sílaba, pero... hay que procurar armonizarlo todo.

Salmónica.—Eso es lo único que les faltaba á los rifeños, que les dedicáramos sonetos insultándolos. Bueno que se haga el fuerte, de Sidi-Guarrich, ¡pero sin sonetos!

K. Ch. T.—Es bastante inocente, porque el chiste está pasado de moda. *El capitán Trabuco*.—Ya sabe usted que no podemos admitir artículos, porque abunda el género en nuestros almacenes.

Sr. D. J. F. B.—Esa clase de composiciones es muy á propósito para los periódicos de teatros, para el álbum de la interesada y para enviarla adjunto un regalo en la noche del beneficio, si lo tuviera.

Sr. D. J. M.—Pues... ¡ay! no me parece publicable ninguna. Porque la primera no tiene gracia, y la segunda abunda en ripios. No hay moro alguno que se llame Sid-Mahomeres ni Ben-Mohinos. Están, pues, muy forzados los consonantes.

Madrid, 2893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández. Libertad, 26 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



Los siglos al transcurrir,
las edades al pasar,
¿cómo han podido vivir
sin *Colonia Palomar*
Fuencarral, 24.
Droguería y Perfumería.



Después de comer jamón
y queso, debes beber
Cognac fino de Moguer,
para hacer la digestión.
Guinea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.



Ya saben en Nicaragua
y Rusia y el Senegal
quitar los granos... con *Agua*
de Colonia virginal.
Farmacia de Torres Muñoz, San
Marcos, 11, y San Bartolomé, 7.



Si la sangre se te altera
con ciertas cosas que ves...
¡compra un pantalón inglés
legítimo de *Pesquera!*
Magdalena, 20.



Si del trabajo rendido
llego á mi humilde mansión,
agitado el corazón
y todo el cuerpo molido,
me quedo al punto dormido;
y cosa más singular!
gozo, porque sin cesar
dulces sueños van y vienen...
¡Esa es la virtud que tienen
las camas de este Bazar!
Plaza de la Cebada, núm. 1.



Cuando me pica me rasco,
como cualquier caballero,
quitándome el buen sombrero
de *M. Garcia Carrasco*
Cristina, 26.

EL TESTAMENTO



«Dejo á mis herederos veinte mil duros en billetes y dos mil en oro, con la condición precisa de que los empleen en *laldas esperiales* para patios, terrazas, azoteas, aceras y cuadras, ó en *artesonados* y *florones* para los techos, ó en *portland superior*, ó en *azulejos finos* ó en objetos de arte, en mayólica, cerámica y barro, ó en todas esas preciosidades juntas. De no hacerlo así, entiéndase nulo el legado.»

Escofet, Fortuny y Compañía, Alcalá, 18 (Equitativa).



Ayer me dijo Teresa,
apretándome la mano:
—¡Gill para vinos de mesa
la bodega de *Medrano!*
Plaza de Matute, 9.



Por descuido ó por azar
se frotó el cutis Consuelo
con la *Quina Palomar*,
y en seguida tuvo pelo
en la región maxilar.
Droguería y Perfumería.
Fuencarral, 24.



Los domingos, á la clínica
del dentista *Tirso Pérez*,
por término medio, acuden
diez mil hombres y mujeres.
Mayor, 59.



¿De qué te sirve tener
un traje tan elegante,
si no te has hecho camisas
que hagan juego con el traje?
Martínez, San Sebastián, 2.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID